

ANTONIO J. SANCHEZ

La evolución del trabajo agrario en Andalucía: el caso del cultivo del Arroz

INTRODUCCION.

Este trabajo se inscribe en el estudio que un equipo de investigadores, bajo el patrocinio de la Fundación Juan March, está desarrollando desde hace algunos años sobre el tema de la Gran Explotación Agraria.

Dentro de este contexto, uno de los temas estudiados ha sido el cultivo del arroz en el Bajo Guadalquivir. Un primer resultado, elaborado por José M.^a SUMPSI, fue dado a conocer a la Fundación con el título «El cultivo del arroz en las marismas. (Un caso de resurrección de la aparcería capitalista)».

El presente trabajo pretende abordar este cultivo desde la perspectiva de investigar lo que ha supuesto para esa comarca la dinámica de empleo a que el arroz ha dado lugar. Para ello, entonces, nos debemos detener en la organización del trabajo que era habitual en esa actividad. Con esto pretendemos avanzar algo en el estudio de la significación de dichos elementos organizativos, la interpretación de la racionalidad de la política de empleo que conlleva y los supuestos del modelo de desarrollo económico en el que dicha política opera.

El caso del arroz se presta excepcionalmente a estos fines, por cuanto ha experimentado una evolución que deja de manifiesto la problemática implícita en la extensión del capitalismo en la agricultura andaluza. El arroz resalta, de una manera que podríamos denominar «esperpéntica», los principales elementos de lo que es el modelo por el que se desenvuelve nuestra agricultura.

El cultivo del arroz se ubica en la comarca de las Marismas, localizándose al norte de ellas, «ocupando aproximadamente la mitad de Isla Mayor, casi la totali-

dad de las extensiones de las Islas Menor y Mínima y parte de las secciones I y II (en el margen izquierdo del río). Totalizaban en la campaña 1971-72 más de 20.000 Has. que se distribuían de la siguiente forma:

Puebla del Río.	15.674,35	(Islas)
Las Cabezas.	2.597,50	(Sección II)
Utrera.	2.420,10	(Sección I)
Los Palacios.	609,29	(Sección I)
Dos Hermanas.	215,91	(Sección I)
Coria.	172,50	
Aznalcázar.	87,00	(Margen derecha).
TOTAL	21.776,65	(1)

Con esa extensión es el aprovechamiento de mayor importancia económica de dicha comarca, girando en torno suyo la actividad de la mayor parte de los que en ella residen.

Para la realización del estudio he contado en primer lugar con la documentación sobre las técnicas de explotación ya recogida por J. M.^a SUMSI en el estudio citado.

Posteriormente, en conocimiento ya de esa información, efectué una entrevista de grupo con trabajadores de más de 50 años donde por un lado contrasté la anterior documentación, y por otro se rehizo, a través de la narración de sus experiencias, la historia de las relaciones laborales en la zona.

Esta información fue contrastada más tarde con personas ajenas a la comarca, pero que por un motivo político en algún caso o científico en otros, habían seguido la vida en la zona. Esto permitió depurar las entrevistas.

A la vez recogía las historias laborales de ocho obreros agrícolas de VILLA-FRANCO DEL GUADALQUIVIR, lo que complementaba y ampliaba la significación de la información inicial. Las «historias laborales» se confeccionan en entrevistas dirigidas, y rehacen la experiencia profesional de cada trabajador: lugar en que ha trabajado, actividad, remuneración, cualificación, sistemas de organización del trabajo, condiciones de trabajo, etc. . .

(1) Florencio ZOIDO NARANJO. Islas Mínima. Aspectos geográfico-agrarios del arrozal sevillano. Publicaciones de la Universidad de Sevilla. 1973 pág. 29.

Finalmente manejé las publicaciones de la Federación Sindical de Agricultores Arroceros de España, con las que de nuevo contrasté y complementé las informaciones anteriores.

He de agradecer a la Fundación Juan March la ayuda recibida. Igualmente este agradecimiento debo hacerlo extensivo a Florencio ZOIDO del Dpto. de Geografía de la Univ. de Sevilla, quien puso a mi disposición los materiales que poseía sobre este tema, y a M.^a Isabel GONZALEZ PORTAL, del Instituto de Desarrollo Regional, quien revisó el texto, sugiriendo ambas modificaciones a introducir. Este agradecimiento debo extenderlo a los trabajadores agrícolas que pusieron a mi disposición varias tardes del fin de la primavera.

En la primera parte del artículo me detengo especialmente en el análisis de una sola empresa, a la que llamaremos «MARISMAS, S. L.». Esta limitación se debe a la importancia económica que la misma llegó a alcanzar. En parte también, a que según mis informantes, constituye un buen ejemplo de los modos de operar que se desarrollaron en las restantes grandes explotaciones. Por ello, en lugar de realizar un discurso anónimo y globalizante, me refiero directamente a ella, dándole el carácter de ejemplar.

I. LOS AÑOS DE LA POSTGUERRA

I.1. *La selección de los trabajadores y el control e la productividad.*

Cuando en los años de la postguerra, el cultivo del arroz cobra un gran impulso, no existen propiamente en la comarca núcleos fijos de población. Las cabeceras de los municipios a los que estas tierras pertenecen se mantienen en la periferia de la marisma. Es el caso de Puebla del Río, Lebrija, Los Palacios, Cabezas de San Juan, etc. . .

El vigoroso desarrollo de este cultivo bajo Queipo de Llano primero y de la mano de las grandes empresas después (que aparece reflejada en el Cuadro I: Evolución de la superficie de cultivo de la zona), generó de inmediato unas altas necesidades de mano de obra que no se encontraban cubiertas con la escasa contribución que pudieran aportar, por un lado los obreros residentes en los dispersos cortijos de la marisma, y por otro los colonos erradicados de sus tierras tras la guerra. (2). Esta población era en esos momentos la única que residía de manera estable en esas zonas, que por sus propias características como marisma era inhóspita, has-

(2) Para una historia de esta zona puede consultarse la obra de F. ZOIDO NARANJO ya citada.

ta el extremo, como hemos indicado, de no existir ningún núcleo compacto y regular de población.

Explotadas en un primer momento la mayor parte de las tierras de Isla Mayor por MARISMAS, S. L., esta empresa procedió a dividir las fincas en «zonas». Estas «zonas» eran extensas parcelas dirigidas por un capataz, que debía encargarse en cada una de todo lo relacionado con la organización del trabajo y la producción.

MARISMAS, S. L. realizaba a través de sus oficinas centrales la contratación de todo el personal, a quienes posteriormente asignaba las labores a efectuar, no pudiendo ningún capataz formar por su cuenta una cuadrilla.

CUADRO I. EVOLUCION DE LA SUPERFICIE Y DE LA PRODUCCION DEL CULTIVO DEL ARROZ EN LA PROVINCIA DE SEVILLA.

	Hectáreas	N.º de propietarios	Producción (Qms.)
1930	277	—	19.390
1935	—	—	—
1940	2.296	—	102.393
1945	3.826	—	70.520
1950	6.168	—	192.844
1955	9.934	428	655.644
1960	15.692	762	1.036.085
1965	19.091	890	1.336.398
1970	21.544	839	—

FUENTE: Sindicato de Agricultores Arroceros de España. Boletín ARROZ y Memorias. Varios años. ELABORACION PROPIA

Los capataces eran seleccionados normalmente entre «los más prácticos en las labores», siendo frecuente que trabajaran para la compañía durante muchos años sin interrupción. Su función, al ceñirse fundamentalmente a la organización del trabajo y el control del rendimiento, les hacía ser para los obreros «la personificación» de la empresa.

Entre ellos y los trabajadores mediaba la figura del «manijero», que era precisamente el responsable de la correcta realización de los trabajos en cada cuadrilla,

y de cuidar la calidad del mismo. En general solía participar también físicamente en el trabajo y estaba sujeto, como toda la cuadrilla, a la supervisión del capataz.

En cada «zona», según su tamaño, podía haber un solo manijero, o bien uno principal y otro secundario. Tanto los manijeros como los encargados solían permanecer regularmente en la misma «zona», donde también estaba de forma estable un «regador», que se encargaba de todo lo relacionado con el agua: mantenimiento de su nivel en las tablas, renovación, inundación o desecación, etc. . .

Los trabajadores encargados de la guardería del ganado de labor no estaban asignados a una «zona» determinada, ya que esta empresa tenía concentrados en el poblado de Alfonso XIII todos sus animales, desde donde salían a las diversas zonas según las necesidades.

Al darse la circunstancia de no haber apenas trabajadores originarios de la zona y concentrarse en ella un elevado número de obreros de diversa procedencia geográfica, ya que el volumen de las faenas a realizar así lo exigían (3), las relaciones laborales, a diferencia de lo que ocurría en las restantes comarcas y pueblos, se caracterizaban por su alto grado de impersonalidad. Al hecho de que la mayor parte de los trabajadores eran prácticamente desconocidos por los representantes de la empresa se sumaba la imposibilidad, por su volumen, de lograr una información sobre cada uno a través de los conductos políticos habituales: Municipio, Guardia Civil, Movimiento, etc. . .

Esto dió como consecuencia el que en los primeros años que siguieron a la guerra, esta zona, en la que además la Guardia Civil carecía de cuartel (que se hallaba situado, como los pueblos, en el límite de la marisma), permitió ocultarse a numerosos huídos de sus pueblos tras la guerra por temor a represalias, llegando algunos con el tiempo a asentarse en la zona, donde aún hoy residen. Para comprender esto es preciso tener en cuenta que esta tierra se convirtió en área de atracción de la mano de obra sobrante de toda Andalucía Occidental, siendo muy frecuente al escuchar las historias laborales de los jornaleros del Valle de Guadalquivir, la Campiña de Córdoba y las Sierras sevillanas y onubenses, el encontrarse con que en uno u otro momento tuvieron que acudir a esta zona, donde ya hemos indicado que en las «puntas de trabajo» (siega y siembra), llegaban a reunirse varias decenas de miles de trabajadores.

(3) Atendiendo a la superficie plantada y a las necesidades de mano de obra por Ha. para las faenas puntas (caso de la recolección), podían juntarse en la zona en torno a los 6.000 trabajadores directamente ocupados en las faenas principales, a los que hay que añadir el personal fijo de mantenimiento, dirección y todos los de las faenas secundarias.

La ausencia de cauces institucionales de control de los trabajadores, fue paliada poco a poco por las empresas, que preocupándose bastante por el mantenimiento de unos altos rendimientos por trabajador, arbitró pronto varios sistemas para ello. Los más destacados y que combinaba o simultaneaba en el tiempo, eran:

1.º—*La creación de un riguroso registro de los trabajadores que eran contratados.* A cada trabajador se le abría una ficha con sus principales datos personales de identificación. En ella, junto a las anotaciones dirigidas a precisar el trabajo realizado de cara a su pago y a los gastos de alimentación, se recogía en detalle todas las observaciones que les eran suministradas por los capataces en caso de que manifestara un comportamiento anormal. Con esto, haberse destacado por algún motivo, iniciando o apoyando peticiones o protestas, podía implicar el no ser contratado en otra ocasión. De esta forma el registro burocrático obviaba los posibles lapsus en el control, propios del desconocimiento personal.

2.º—*El despido*, por los capataces, de todo el personal que en las cuadrillas, mostrara, a su juicio, cualquier síntoma de bajo rendimiento o escasa calidad.

Una variable de este sistema se daba normalmente al inicio de las principales faenas cuando, durante los primeros días, se procedía a diezmar las cuadrillas tras varias horas de trabajo, sin retribución alguna para el despedido. El esfuerzo que entonces solía hacer el trabajador, llevaba a que el ritmo de trabajo se elevara netamente, al sumarse al temor de no cobrar las horas trabajadas, el riesgo de haber realizado un viaje más o menos largo o penoso (casi siempre a pie) en balde.

3.º—*La utilización*, especialmente por los capataces, de *medios de coacción física*, tales como el caballo, armas largas, fustas, con lo que se imponía el temor y el respeto entre los trabajadores, y se aumentaba la velocidad del trabajo.

4.º—*La prolongación del horario.* Con frecuencia las faenas se prolongaban sobre el horario fijado, tanto al final de la mañana como de la tarde, incluso en ocasiones por más de una hora diaria. Esto, sobre jornadas de 7/8 horas (4) y en varias nutridas cuadrillas, suponía una abundante aportación de trabajo en forma totalmente gratuita, con el consiguiente incremento del rendimiento por trabajador y por peseta invertida en salarios. (Han llegado a darse los anecdóticos casos de explusar sistemáticamente a los trabajadores que llevasen reloj) (5).

(4) La jornada de trabajo está fijada oficialmente en seis horas por la Reglamentación de Trabajo Agrícola para las provincias de Sevilla, Cádiz, Córdoba y Huelva. Cfr. B. O. de la Provincia de Cádiz n.º 176 y ss. 1947.

(5) Un caso similar es recogido por Juan FRIGOLE REIXACH en «Ser cacique» y «ser hombre» o la negación de las relaciones de patronazgo en un pueblo de la Vega Alta del Segura. En Agricultura y Sociedad n.º 5. 1977. pp. 163.

5.º.—*El recurso a la Guardia Civil*, como apoyo al mantenimiento de la disciplina. Su constante presencia en la pagaduría en los momentos de cobro, impedía el planteamiento allí de las más mínimas reivindicaciones. Sus periódicas apariciones por los campos suponía una garantía supletoria de que cualquier medida por parte de los empresarios no iba a encontrar respuesta defensiva por los trabajadores.

Con estos sistemas se lograba unas formas de control de la productividad ciertamente eficaces, a la par que se mantenían en un bajo nivel los salarios, al desaharse cualquier posible presión para el alza de los mismos.

1.2.—*Dificultades para el asentamiento de los obreros en la zona.*

Todos estos sistemas son posibles en gran medida por el hecho de que la mayor parte de los obreros empleados en la zona tienen sus residencias lejos de ella. De haber residido ellos y sus familias en la región, probablemente se hubiesen alterado sustancialmente dichas formas de control.

Si intentamos buscar los motivos por los que esta población obrera no se asienta definitivamente en la zona, nos encontramos con unas aparentes contradicciones.

Los obreros encuentran en la marisma empleo cotidiano al menos durante 8/9 meses al año, y con mejores salarios que los pagados habitualmente en la Campiña o en la Sierra. Por otra parte los sistemas de control no son tan distintos, en cuanto a rigidez y dureza, de los que se aplicaban en otros puntos de Andalucía.

A pesar de esto, otros factores, que van a clarificar ampliamente las características de las relaciones laborales en el arroz, influirán fuertemente, motivando esa decisión de no-asentamiento. Voy a destacar los que me han parecido de mayor importancia:

1.º.—Las condiciones de vivienda en que se veían obligados a permanecer. Sólo al personal más estable (manijeros, capataces, regadores, ...) se les suministraba una casa o «un chozo», de 1 ó 2 piezas a lo sumo. Los restantes trabajadores debían hacinarse en «chozos» de paja, «gañanías», etc... o permanecer incluso al aire libre, sin posibilidad alguna de construirse una habitación (6).

(6) Wolfgang BAHR, en *Die Marismes des Guadalquivir und des Ebrodelta*. Bonn. 1972, recoge algunas fotografías sobre la situación de la vivienda en Villafranco del Guadalquivir, al igual que F. ZOIDO, op. cit.

2.º.—El rigor del clima. A las elevadas temperaturas hay que sumarle un alto índice de humedad, lo cual hacía difícil el descanso y provocaba grandes plagas de mosquitos, transmisores del paludismo. Esta enfermedad fue durante mucho tiempo una barrera para la colonización de la zona: «había llegado a constituir una verdadera plaga que mermaba la salud de los trabajadores afectados hasta inutilizarlos, con el consiguiente quebranto para las economías domésticas».

«En 1943 desde el Sindicato Nacional del Arroz se inició la lucha contra el paludismo, con la colaboración de las Jefaturas Provinciales de Sanidad».

«Se facilitaban gratuitamente las cantidades necesarias de atepé... divulgando las instrucciones para su empleo».

«Esta medida se prolongó varios años, dando prueba de su eficacia que de los 5.000 casos de enfermedad declaradas en Agosto/Septiembre de los años 42/43, se pasó a menos de 1.500 en 1944 y 900 en 1945».

«En la actualidad esta enfermedad ha desaparecido prácticamente» (7).

El paludismo obligó así, con sus muertes y enfermos, a que muchos obreros volvieran a sus zonas, sin detenerse aquí mucho tiempo.

3.º.—La ausencia de condiciones sanitarias e higiénicas, que aparte de en la presencia del paludismo, se manifestaba también en la frecuente falta de agua potable, y en la gran abundancia de ratas.

Todavía en 1972 se recordaba en un artículo (8) cómo «esta zona de marisma fue invadida por las ratas, amenazando con mermar las cosechas alcanzadas con tanto «sudor y lágrimas», en las que no pocas vidas cayeron víctimas de fiebres y *perjudiciales mordeduras de las ratas...*»; y continúa, «...Sin tener en cuenta otros perjuicios que las ratas causan, como las roturas de canales, almorrones de separación, *jornales perdidos por las mordeduras*, etc...».

5.º.—*Los elevados precios de los productos básicos en la zona.*

En la comarca la alimentación podía asegurarse de dos formas:

(7) FEDERACION SINDICAL DE AGRICULTORES ARROCEROS DE ESPAÑA. Memoria de la Federación Sindical de... 1933-1965. p. 137.

(8) I. GILPEREZ GARCIA. «Las ratas del campo arrozal» en Boletín Arroz de la F.S.A.A. de España, n.º 44, julio 1972.

a) Con la comida y cena que eran proporcionadas por la empresa a todos los trabajadores. Para recibirla los obreros debían recoger en las oficinas los lunes (y no otro día), su bono semanal (9).

Estos bonos, con 14 vales de comida cada uno, costaban, (los datos se refieren a 1941), 56 ptas. De esta manera la comida diaria del trabajador estos años le suponía un desembolso diario de 4 ptas., algo menos de la mitad de su salario, que entonces era de 8,40 ptas. por 8 horas de trabajo.

b) Otra posibilidad era adquirir la comida en «las cantinas» que se montaban en las propias «zonas». Estos «establecimientos», de la misma calidad de construcción que las viviendas, estaban provistos de todo lo que podía requerirse allí (alimentación, vestidos, herramientas...) y podía comerse también en ellos si se quería. Estas cantinas solían estar regidas por los mismos capataces, que encontraban así una buena fuente de ingresos complementarios.

El hecho de que no sólo hayan perdurado hasta tiempos bien recientes, sino que en cualquier conversación sobre la comarca con antiguos trabajadores, surja la cantina como tema prioritario, asociada a la imagen de «duro» del capataz, nos indica algo de la importancia que tuvieron.

Para comprenderla es preciso indicar que los pueblos próximos estaban al menos a dos horas de camino, y que los posibles vendedores ambulantes debían convertirse en proveedores exclusivamente de las cantinas, prohibiéndoseles expresamente por los capataces, bajo las amenazas oportunas, la venta de cualquier artículo fuera de la misma, incluso durante el trayecto por la marisma. Así, se convertían necesariamente en los únicos proveedores de los trabajadores.

Esta ausencia de competidores, y la escasa alimentación proporcionada por la empresa, hacía indispensable a los obreros el recurrir, siquiera temporalmente a los alimentos que vendían. Pero se convertían entonces en el canal por el que se gastaban los posibles ahorros, dados los elevados y abusivos precios que fijaban. Esto llevaba a muchos trabajadores hacia un proceso de endeudamiento con el capataz, quedando así aún más atados si cabe a la necesidad de mantener altos rendimientos en su trabajo.

La autoridad de capataz encontraba aquí una nueva oportunidad para afir-

(9) Esa comida se componía habitualmente de arroz cocido y rehogado con aceite y un sofrito de pimiento molido; 1/2 kg de pan de maíz para cada 4/6 personas. Este menú se repetía en dos momentos de la jornada: al mediodía (sobre la una de la tarde), y a la puesta de sol.

marse al impedir a los trabajadores el acudir a otras «cantinas» distintas de las de su «zona», por temor al despido.

Muchos trabajadores de otras comarcas, que se mantuvieron en «la isla del arroz» en prolongadas estancias de trabajo, atribuyen a la carestía de la comarca el motivo por el que no se asentaron definitivamente en ella, ante la imposibilidad de lograr un mínimo nivel de ahorro. Este solo se lograba a cambio de renunciar a cualquier forma de consumo.

II. LA DECADA DE LOS CINCUENTA

II.1.—*Efectos de los cambios de la estructura de la tenencia de la tierra.*

A fines de los años cuarenta se inició la puesta en cultivo de nuevas tierras, a la vez que algunas grandes explotaciones existentes comienzan a vender sus propiedades en lotes pequeños y medianos, o a darlas en aparcería.

Se inician también las obras de constitución de grupos de viviendas, que van a permitir la elevación relativa de la calidad de la vida de algunos trabajadores.

Hasta ese momento la población que acudía al trabajo en la «isla del arroz», como se la conocía vulgarmente, se caracterizaba por:

—En los primeros años ser exclusivamente masculina, llegando la Guardia Civil en ocasiones a expulsar de la zona a las mujeres e hijos que acudían con los trabajadores.

—La presencia de la mujer era admitida normalmente en los períodos de escarda, que en buena parte era realizado exclusivamente por ellas.

—La mujer sin embargo se veía afectada por la situación particular en que la colocaba el hecho de que en muchas ocasiones debía llevar a sus hijos consigo (10).

A los hijos no podía alimentarlos sino con su propia ración (los bonos para alimentos solo eran por cada trabajador), o comprando los alimentos en la cantina. Dado el gasto que esto le suponía, no era infrecuente el que tuvieran que recu-

(10) Tras la guerra era frecuente en los campos andaluces la imagen de la mujer sacando adelante a la familia, con el marido muerto, encarcelado o huido.

rrir a la prostitución para lograr un apoyo a la dieta de sus hijos, fenómeno que nos ha sido ratificado por todos nuestros informantes.

—Las pocas viviendas existentes, ocupadas por manijeros y capataces, no reunían las mínimas condiciones de habitabilidad.

—Los trabajadores, cuando más adelante venían ya con sus familias, debían hacinarse con ellas en amplias naves, antiguas viviendas, etc. que tampoco guardaban las menores condiciones de habitabilidad (compartimentos de saco separando entre sí las diversas familias, que contaban con un solo recinto...).

El incremento de tierras puestas en cultivo (ver Cuadro I) y su mayor parcelación, generó no sólo un mayor empleo, sino también una mayor suavización de las condiciones de trabajo, al aparecer un buen número de medianas explotaciones que no podían mantener los métodos de control usados por las grandes. Aunque posteriormente se han agregado otras personas al grupo de medianos propietarios llegados en aquellos momentos, este grupo inicial sigue siendo identificado en toda la comarca bajo el título genérico de «los valencianos», que nos revela aparte del origen geográfico del grupo, el que éste se ha comportado de una forma homogénea y además que su comportamiento ha provocado importantes cambios en la zona.

Al carácter de homogéneo que tiene este grupo tenemos que añadirle el desegregado y enfrentado con el grupo de los trabajadores sin tierras. Sin atreverme a dar por sentados y totalmente claros los motivos de este hecho, buscaría quizás su explicación en que «los valencianos», que eran «empresarios» y «propietarios», fueron los primeros que materializaron en la zona el otro polo de las relaciones laborales, que sólo parcialmente pudo hasta ese momento ser asumido por los capataces. El hecho de personificar este grupo al empresariado y de poder observar la po-

blación sus comportamientos económicos directamente: criterios de selección de personal, imposición de salarios y ritmos de intensidades de trabajo, orientación de las inversiones (tierras y maquinaria primero; signos de ostentación después; finalmente asentamiento en los centros urbanos), hacía converger hacia ellos las críticas, al materializarse como «vecinos» de los «trabajadores», sus principales «enemigos».

El personal que fue a trabajar de manera estable con estos medianos propietarios, procedía en general del que ya había sido manijero o capataz con MARISMAS, S. L. o con las demás grandes explotaciones del área. Estos trabajadores pudieron ir poco a poco concentrándose con sus familias en los poblados que lenta-

mente comenzaron a construirse, y donde se iban asentando los campesinos, logrando de esta manera beneficiarse de los equipamientos de los que se iban dotando: agua corriente, luz eléctrica: siendo quizás la mejora más significativa el lograr esquivar así el control de precios que establecían las cantinas.

Más tarde algunos trabajadores, los que tenían intención de pasar aquí toda la campaña, en parte quizás por no encontrar ya trabajo en sus lugares de origen, procuraban hallar una vivienda para poder traer después a la familia, realizándose entonces en torno a fines del cincuenta y principios del sesenta, un segundo asentamiento con los que venían expulsados de otros lugares por las primeras crisis de empleo.

Al residir la familia en el pueblo podían disponer además de una dieta más autónoma y ciudadana (11).

El que los trabajadores prefirieran vivir en el pueblo en un momento en el que en las fincas permitían el asentamiento de los trabajadores más habituales, parece deberse, aparte de los motivos ya expuestos, a que al vivir en las explotaciones, además de soportar las deficiencias de los equipamientos, los obreros se veían sometidos a un control más estricto por los patronos, que en el mejor de los casos se traducía, al menos, en su disponibilidad, fuera del horario habitual, para cualquiera de las faenas que se presentaran.

II.2.—*Organización del trabajo.*

En la década de los años 50/60, antes de la introducción de la maquinaria, (algunos tractores datan de fines de los años cincuenta), las principales faenas se realizaban así:

Arrancar garbas y plantarlas: Se hacía a destajo y en cuadrillas, arráncandose y sembrándose a mano unas mil por persona y día. Este trabajo exigía la realización de otras operaciones de apoyo: trineo (que se hacía a jornal), y garbera (o mujer que proporcionaba las garbas a los que estaban sembrando. Esta era pagada por el patrón, y se requería a una por cada cuadrilla de 8 ó 9 hombres).

Escarda: se hacía a jornal y participaban hombres, mujeres y niños.

(11) En general iba a consistir (en torno a 1955), en café (antes de salir al trabajo); bocadillo de chorizo, salchichón o alguna otra chacina (a medida mañana y en el «tajo»); cocido de garbanzos, patatas, judías o lentejas (al mediodía); cocido de nuevo en la cena, ambos con su «pringá», cada cual la que sus ingresos le permitían. La «pringá», como otras muchas comidas andaluzas, permite un considerable descenso en el volumen de sus componentes, sin por ello dejar de ser el mismo plato.

Abonado: era manual. Se podía hacer a cuenta o a jornal, bien solos, o en grupos de dos o tres.

Siega: en cuadrilla y a cuenta.

Trilla: se hacía a jornal o a cuenta por número de sacos.

Secado y apilado: se hacía a cuenta y a jornal.

Plantera: o elaboración del semillero en la técnica de siembre por trasplante. La faena de sembrar se cobraba por kilogramos de simiente plantada. Escardar esta plantera se realizaba a jornal.

Los que realizaban las labores con bestias, el cuidador de éstas y los regadores, solían ser fijos, aunque sin mediar entre ellos y los empresarios contrato alguno.

Aunque las condiciones en que debía realizarse las faenas del arroz aparecían reflejadas en distintas «Reglamentaciones» éstas eran cumplidas exclusivamente en lo referente al horario (ocho horas primero y más tarde siete). Aunque más arriba hemos indicado cómo se eludía esta norma, por lo general no podían prolongarse las jornadas mucho tiempo dado el agotamiento que ya en el horario legalmente fijado se solía dar, debido no sólo a las posiciones en que se debían realizar las diversas operaciones, sino sobre todo al hecho de permanecer en agua y barro casi todo el tiempo.

Sistemáticamente se retrasa la aplicación de las bases salariales, que siempre se ponían en vigor con una o dos campañas de retraso. Para ello se solían mantener discretamente ocultas a los trabajadores por las Hermandades de Labradores y Ganaderos, quienes eran las responsables de darles la publicidad necesaria (12).

Los salarios pagados por los medianos y grandes agricultores no solían mantener diferencias entre sí. Sólo se alzaban ligeramente entre los pequeños, que compensaban así el escaso atractivo que sus fincas podían ejercer, al ofrecer trabajo durante períodos relativamente breves. La diferencia salarial más significativa era la que se establecía entre los sueldos de los trabajadores eventuales y los de los capaces y «manijeros». La demasia en favor de estos últimos podía revestir formas monetarias, o bien privilegios en viviendas o derechos sobre parte de la producción (bien un porcentaje del producto bruto, bien el producto de una superficie determinada).

(12) El desconocimiento de las bases, es decir de la existencia de un Convenio o Reglamento que regule la relación contractual en el campo, es algo bastante extendido por todas las comarcas del país, siendo excepción aquellas donde se le conoce, aunque esta excepción sea cada vez más frecuente.

Una cuestión a tener en cuenta para interpretar el significado de las retribuciones, es el hecho de la intensidad con que se solía trabajar. En las explotaciones de los «medianos» esta solía ser superior a las de los demás propietarios, al estar los dueños directamente al frente de los trabajos y ser realizados estos mayoritariamente por trabajadores asalariados.

El concepto de «intensidad en el trabajo» no se refiere aquí al concepto económico de las variantes de productividad de la mano de obra empleada, sino que lo utilizamos aplicándolo al terreno de la propia organización del trabajo, y para caracterizar el ritmo con el que son realizados movimientos y operaciones.

En los años del período que consideramos, la formación profesional que se le exigía a la mano de obra utilizada era prácticamente nula. No se utilizaba ninguna maquinaria y en muchas operaciones sólo herramientas manuales. Bastaba un mínimo de experiencia en el cultivo, que se acumulaba fácilmente sobre la que la mayor parte traía ya del cultivo de cereales en secano, para desarrollar la mayoría de las operaciones que el arroz exigía. Esta experiencia se solía obtener después de estar durante toda una campaña (incluso sólo en parte de ella), en empleos secundarios, que a cambio de su simplicidad, eran peor retribuidos que las tareas más complejas. Esta carencia de todo tipo de requisitos respecto a la mano de obra a utilizar favorecía la sustituibilidad de ésta, que podía cambiarse por otra en cualquier momento, sin detrimento alguno para las explotaciones, a diferencia de las faenas por ligarse más regularmente a la explotación, y por ser claves para ésta, exigía una mayor estabilidad de la mano de obra en ellas empleadas (regadores por ejemplo).

La forma de intervención de la Guardia Civil en esta etapa varía ligeramente con respecto a la anterior, al no ser tan necesaria su presencia como elemento de control y freno de «una multitud de desconocidos», al darse un trato más directo entre los empresarios y los trabajadores, y al suavizarse las tensiones propias de la inmediata postguerra. Sin embargo los rasgos que caracterizaban su intervención en épocas anteriores van a permanecer sin alteración fundamental, participando y mediando en todo conflicto a favor de los empresarios.

En éste período, aparte de los casos aislados de enfrentamiento que podían darse, protagonizados a lo sumo por una cuadrilla que podía verse frustrada en lo pactado, o simplemente engañada, va a darse ya el primer conflicto generalizado a toda la comarca. Este fue protagonizado en buena medida por grupos católicos, que impulsaron desde sus puestos en la Organización Sindical, en 1969, una huelga de plantadores, que duró en algunos tajos dos días. Tuvo por efecto la subida del valor de los destajos en la plantación, que se situó entonces en 600 ptas/Ha.

La huelga, que forzó la presencia en la zona del Gobernador Civil y de un buen número de fuerzas policiales, terminó con la detención de los iniciadores (entre ellos un hermano del entonces párroco), y su posterior puesta en libertad gracias a las presiones y al apoyo prestado por las autoridades eclesiásticas.

III. LAS GRANDES TRANSFORMACIONES DE LOS AÑOS SESENTA.

III.1.—*La evolución de los niveles de empleo.*

En la monografía de J. M.^a SUMPSI se describían las labores requeridas y las técnicas empleadas por el cultivo (13). Este trabajo sirve de base para el estudio de la evolución que han experimentado las necesidades de mano de obra en el cultivo del arroz, y de él se ha extraído la información de base para este capítulo.

En los últimos años las técnicas de trabajo en dicho cultivo han sufrido una profunda transformación. Para evaluar el efecto de estos cambios sobre la mano de obra vamos a examinar la situación en tres momentos representativos de esta breve historia: 1965, 1970 y 1975.

En 1965 se utilizaba en la siembra la técnica del «trasplante», relizándose todavía numerosas obradas con mulos, y sólo muy pocas con el tractor, efectuándose a brazo la recolección. En 1970 ya la siembra se hace «directa», se ha generalizado el uso del tractor en el cultivo y transporte, y la recolección se mecanizó también. Y en 1975 la escarda se ve sustituida en su mayor parte por tratamientos herbicidas de aplicación aérea (sólo la aplicación del tratamiento de la grama se realiza manualmente). En el cuadro II aparece detalladamente la relación de la técnicas y operaciones que se utilizan.

En el Cuadro III hemos calculado las necesidades de mano de obra que requieren las diversas operaciones. Para ello nos hemos basado en los datos de una explotación arrocera, estudiada desde otros puntos de vista en la monografía de J. M.^a SUMPSI (14).

(13) J. M. SUMPSI. «El cultivo del arroz en las marismas. Un caso de resurrección de la aparcería capitalista», presentada a la Fundación J. MARCH dentro de la segunda entrega del proyecto sobre la Gran Explotación Agraria que se está efectuando. Actualmente en prensa.

(14) J. M. SUMPSI. Op. cit.

CUADRO II.—DISTRIBUCION EN EL TIEMPO DE LAS DIVERSAS
OPERACIONES DEL ARROZ.

1965

Marzo: Alzar (Charugar).
Abril: Arreglo márgenes; cavar ángulos; rayar terrenos.
Mayo: Nivelación de suelos, transporte de abono a almacén; mezcla y distribución de abono; fanguear y charugar; segar brozas marginales.
Mayo-Junio: Reparto plantel en campo; plantación; reponer faltas.
Julio-Agosto-Septiembre: Tres escardas normales; segar orillas; riegos y desagües.
Octubre: Siega a brazo; garbear, llevándola a la era; portes; trilla mecánica; secadero; Transporte a granero.
Diciembre: Recogida y quema de rastrojos.

1970

Marzo: Alzar y Charugar.
Marzo-Abril: Limpieza de acequias.
Abril: Cultivar.
Abril-Mayo: Nivelaciones generales; nivelaciones para siembra; granear; arreglo márgenes y cavar ángulos.
Mayo: Transporte abono almacén; preparación y ahecho; aplicación; siembra.
Junio-Julio-Agosto-Septiembre: Aplicación herbicida para «catañuela»; para «gramas» y márgenes; escardas manuales; segar drenes y orillas.
Octubre-Noviembre: Recolección; portes a secaderos; siega manual; trilla mecánica; girar garbas; garbear; bestias y aperos; secadero; transportes y cargas.
Diciembre: Fragar y enterrar rastrojos; quemar; desaguar y rayar.

1975

Marzo: Alzar.
Abril-Mayo: Cultivar; hacer almorrónes, rebajes y nivelaciones; gradear; nivelación para siembra; reparación caminos interiores; arreglar márgenes y cavar ángulos.
Mayo: Portes abonos; abonar; aplicación; siembra; replante; riegos.
Junio-Julio-Agosto-Septiembre: Escarda «grama»; aplicaciones aéreas.
Octubre-Noviembre: Recolección; portes; secaderos; manipulación cosecha de granos en secadero; portes graneros.
Diciembre: Fangueo; desaguar y rayar.

CUADRO N.º III.—NECESIDADES DE MANO DE OBRA DE LAS
DIVERSAS OPERACIONES DEL ARROZ.

(No ponemos el nombre de cada operación, pero el orden de enumeración de los valores se corresponde con el de las operaciones que indicábamos en el cuadro I).

1965

Marzo: 3 jls/Ha.
Abril: 6 / 1 / 1.
Mayo: 4 / 0.3 / 2 / 0.85 / 4.
Mayo-Junio: 2 / 19.5 / 3 /
Julio a Septiembre: 48 / 3 / 1 /
Octubre-Noviembre: 18 / 8 / 2 / 6.7 / 0.7 / 1.4 /
Diciembre: 3

1970

Marzo: 0.7
Marzo-Abril: 0.3
Abril: 0.6
Abril-Mayo: 0.3 / 0.4 / 0.4 / 2.5 /
Mayo: 0.2 / 1.59 / 1.60 / 1 /
Junio a Septiembre: 0.15 / 3 / 13 / 2 /
Octubre: 0.8 / 0.4 / 1.8 / 0.7 / 0.1 / 0.3 / 0.4 / 2.5 / 1.5
Diciembre: 0.7 / 0.5 / 2 /

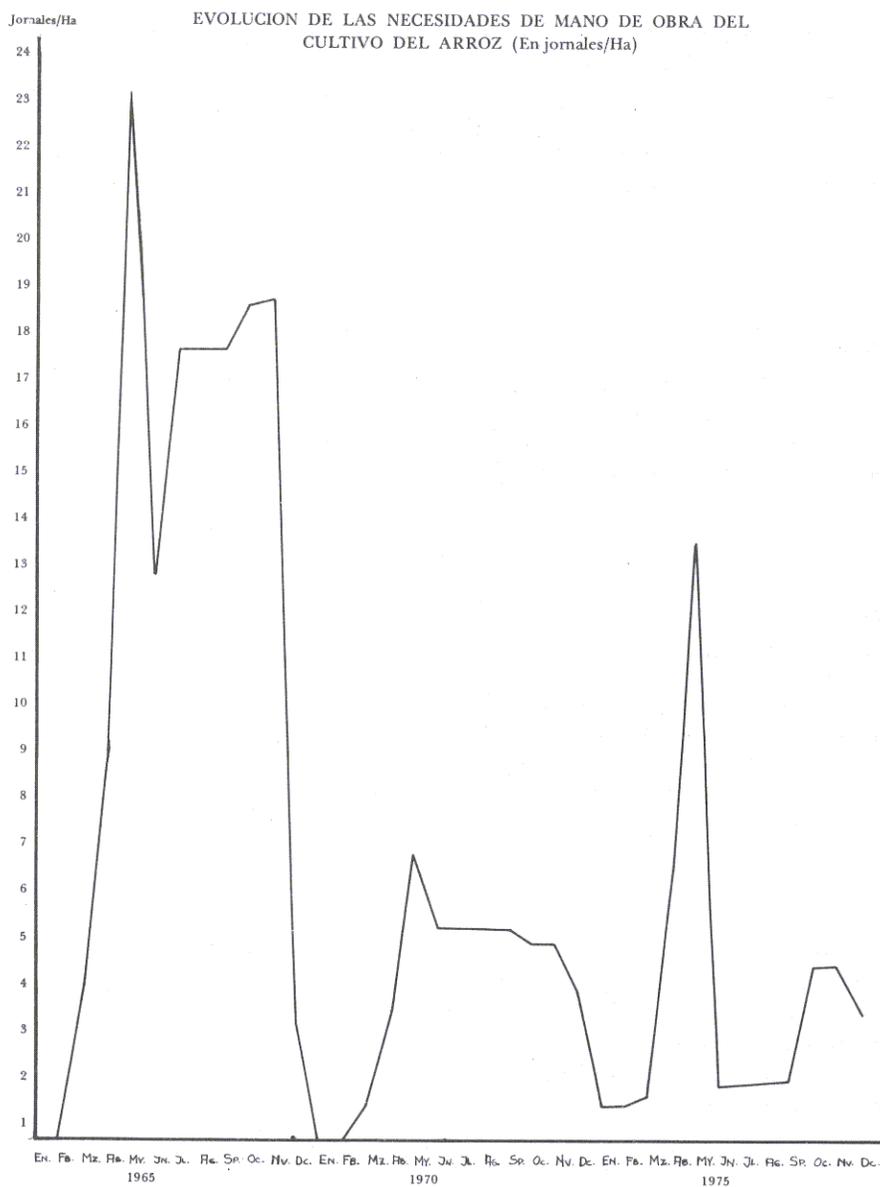
1975

Marzo: 0.5
Abril-Mayo: 1.15 / 3.2 / 0.4 / 0.6 / 0.3 / 4 /
Mayo: 0.4 / 1.5 / 0.6 / 0.3 / 2.5 / 2.5 /
De Junio a Septiembre: 2 / 0.3 /
Octubre: 1.2 / 0.7 / 0.3 / 3.14 / 0.8 /
Diciembre: 1 / 1.15 /

La mano de obra Fija imputable a cada Ha. sería de 7.5 jls/Ha.

Fuente: José M.^a Sumpsi. Op. cit. y elaboración propia.

CUADRO IV



FUENTE: José M.^a SUMPSI, op. cit. Elaboración Propia.

El Cuadro IV resulta de la agregación de las necesidades de empleo por intervalos mensuales, con lo cual aparece la distribución de éste, en el cultivo del arroz, a lo largo de esos tres años seleccionados.

De la observación de esos cuadros destacan los siguientes rasgos:

a) El cultivo del arroz ha exigido tradicionalmente el empleo de un elevado número de trabajadores, mantenían unos niveles de ocupación bastante regulares desde Abril a Noviembre, dejando desocupados a los trabajadores sólo durante los meses de Enero y Febrero. Podemos pensar que cuando los mulos eran el único sistema de tracción, en los tres meses de Invierno también se requeriría un fuerte contingente de mano de obra, ya que los portes y manipulaciones hechos al arroz al final de la cosecha debían prolongarse, y las labores de la tierra necesitaba comenzarse antes de las fechas en que ahora se inician, si se quería que estuvieran terminadas en su momento.

Aunque las operaciones de la siembra y las faenas a ella asociadas representan la más llamativa punta de empleo, quizás lo más destacable del sistema ocupacional en este período es la cantidad de trabajadores que las escardas movilizan año tras año, a lo largo de todo el verano, y que suponen un volumen de Fuerza de Trabajo solo ligeramente inferior al requerido en la recolección.

b) A medida que la mecanización se ha ido extendiendo, se ha experimentado un doble proceso, muy nítido si comparamos los datos de 1965 con los de 1970 y 1975.

Destaca sobre todo el descenso general experimentado en las necesidades de mano de obra (15). Pero este descenso no se ha realizado de igual manera en todas las operaciones, con lo cual se ha acumulado el empleo en unos meses determinados, aquellos en los que se realizan la siembra y la recolección.

Este descenso general (reflejado en el Cuadro V), supone que si en 1965 las necesidades de mano de obra eran de 136.65 jls/Ha., en 1975 ha descendido en un 73.7% el empleo proporcionado por este cultivo, lo que quizá ha sido el proceso más determinante de la vida económica de la comarca. Se realiza a través de la reducción diferencial de las necesidades de mano de obra de las distintas operaciones, como queda de manifiesto en el Cuadro VI, donde aparece la evolución de estas necesidades en las diversas operaciones del cultivo del arroz.

(15) Las necesidades de mano de obra en Italia, donde los procesos de mecanización y racionalización se realizaron con antelación, van a pasar de 792 horas hombre/Ha. en 1953 a sólo 320 en 1962. Boletín Arroz. n.º 16. Noviembre 1965.

La distribución de las operaciones, y por tanto de las necesidades de mano de obra en el período anterior a 1960/65, sin tracción mecánica aún, se caracterizaba por la superposición en el tiempo de una serie de tareas que necesitaban una escasa exigencia de personal, con otras tareas que sí reclamaban unas elevadas aportaciones de trabajo. Dicho de otra forma, el cultivo del arroz, con técnicas tradicionales, generaba una serie de actividades principales: preparación de suelos, abonado, siembra, escarda y recolección sobre todo, y otras secundarias y asociadas a ellas: portes, guardería del ganado de labor, ahecho, y otras operaciones que podríamos llamar marginales. Esta distinción entre dos tipos de trabajos la hacemos atendiendo al volumen de mano de obra que exigen, y a la importancia de las faenas para el cultivo. (Esto último puede apreciarse en parte en el Cuadro II).

CUADRO N.º V.—NECESIDADES ANUALES DE MANO DE OBRA.

	Jornales/Ha.
1965	136.65
1970	39
1975	36

Fuente: José M.^a SUMPSI. Elaboración propia.

CUADRO N.º VI.—DISTRIBUCION DE LAS NECESIDADES DE MANO DE OBRA EN LAS PRINCIPALES OCUPACIONES Y SU EVOLUCION.

(En jornales/Ha.)

	1965	1970	1975
Labores preparatorias.	19.85	5.2	10.5
Abonado	2.3	1.8	2.5
Siembra	24.5	1	2.8
Escarda	52	18.5	4.8
Recolección	39.8	11.7	6.2

Fuente: José M.^a SUMPSI. Op. cit. Elaboración propia.

Los avances en la mecanización, de los últimos años, han reducido drásticamente las necesidades de mano de obra en las operaciones principales: tractor y modificaciones en los aperos para las labores; avión y sembradoras para tratamientos, siembras y abonado; herbicidas y insecticidas para la escarda y tratamientos; cosechadora para la siega y trilla; etc. . .

Sin embargo, el descenso tan llamativo experimentado por el empleo requerido en las faenas principales, no ha sido tan pronunciado en las faenas secundarias. Algunas de estas han sido eliminadas (arranque de garbas, parte de los portes. . .), y otras se han visto transformadas, aunque manteniendo niveles de uso de mano de obra ligeramente inferiores solo a los de épocas anteriores. Los meses de Abril y Mayo han pasado a ser los de mayor empleo, al reunir las faenas secundarias asociadas a las labores preparatorias del suelo y a la siembra. La siguiente punta de empleo en importancia va a asociarse con los meses de recolección y con las faenas que se la asocian, que son principalmente portes y manipulado de la cosecha desde el campo a los secaderos, y desde éstos al almacén.

De esta forma, al eliminarse las labores de las escardas y no existir en esos momentos otra ocupación significativa en el arrozal, se ha producido en los meses centrales del ciclo vegetativo de la planta una total ausencia de trabajo. (Ver Cuadro VII).

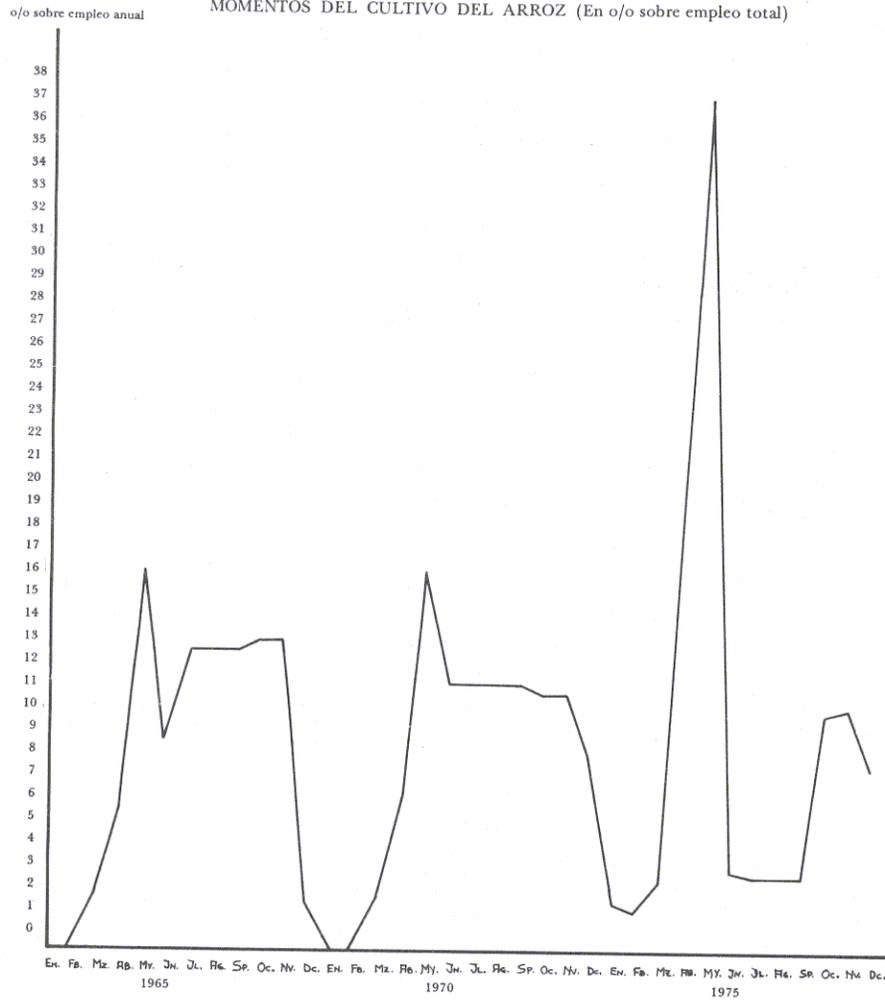
Al haberse repartido el trabajo de manera desigual según las épocas, es lógico suponer que se ha potenciado de esta manera el paro estacional. Antes podíamos decir que este paro no existía, al mantenerse constante durante bastante tiempo el volumen de mano de obra requerida por el arroz, y que en general superaba a la mano de obra local disponible, por lo que se veía obligado a absorber parte de la fuerza de trabajo excedentaria en la región (Cádiz, Córdoba, Sevilla y Huelva).

En la actualidad, las oscilaciones que se presentan nos indican que el cultivo del arroz va a exigir la utilización durante una serie de meses de mano de obra de la que va a prescindir durante otros. Esta dependencia en la que el cultivo se sitúa respecto a una población activa no ocupada regularmente en él, sólo puede mantenerse en tanto esta población no encuentra empleo regular en ninguna otra actividad. Por tanto vemos aquí que la estacionalidad del empleo en el arroz se presenta como un fenómeno estrictamente actual, asociado con la mecanización, que subsiste en tanto existe una reserva de mano de obra sin ocupar.

En períodos anteriores parece impropio hablar de esta dialéctica entre reserva de mano de obra y estacionalidad en el trabajo en el arroz, al no darse el segundo elemento ya que, como hemos visto, los niveles de empleo se mantienen

CUADRO VII

DISTRIBUCION DEL EMPLEO A LO LARGO DEL AÑO EN VARIOS
MOMENTOS DEL CULTIVO DEL ARROZ (En o/o sobre empleo total)



FUENTE: José M^a SUMPSI, op. cit. Elaboración Propia.

semejantes a lo largo del ciclo agrícola (Ver Cuadro III). Sí podría, sin embargo, hablarse en ese período, de desajuste entre el volumen de fuerza de trabajo de la zona (nivel de población potencialmente activa para la agricultura), y la capacidad de empleo del sistema productivo de la comarca, que obligaba al mantenimiento de una constante corriente migratoria (16).

III. 2.—*Mecanización, organización del trabajo y alternativas de empleo.*

En esta década asistimos a una serie de proceso que, fundados en buena parte en la evolución del empleo, van a caracterizar desde entonces al cultivo. Su enumeración sería ésta:

a.—Progresivo asentamiento, como pequeños y medianos propietarios, de buena parte del personal fijo de las primeras explotaciones.

b.—Mecanización, con lo que ella implica de exigencia de cualificación de la mano de obra y reducción del empleo.

c.—Diferenciación en cuanto a comportamiento y empleo de los descendientes de campesinos y trabajadores.

d.—Progresiva estabilización de las capas de mayor edad de la población, y emigración de las más jóvenes.

e.—Apertura a la mano de obra de otras zonas y comarcas, de otros mercados de trabajo, con posibilidades de empleo distintas de las que ofrecía «la isla del arroz», más ventajosas y cómodas.

(16) En el n.º 30 de ARROZ, correspondiente a Octubre de 1966, aparece una entrevista con Bernardo LASSALA, presidente de la Federación, en la cual, al plantearse la alternativa de la mecanización, enjuicia así el sistema de empleo hasta entonces mantenido:

ARROZ.—La mecanización, ¿produciría un desempleo casi general?

B. L.—No, porque esa mano de obra podría aplicarse a otros campos de la industria, la construcción. En fin, no sé, pero el campo es vastísimo y eso no supondría problemas de tipo general e importancia grave. Irían, como le digo, a ocupar puestos de trabajo en otros menesteres, tanto o más rentables o productivos.

ARROZ.—Esa mecanización ¿a que población trabajadora afectaría?

B. L.—Es muy difícil de calcular, no crea. Entre otras cosas porque el tiempo en que en verdad entra la mano de obra, que es la que habría de sustituirse por la máquina, es durante el período de la siega, y una respetable cifra de ella baja de las partes altas de la provincia o viene de otros puntos de la región. Y claro, la siega, el arroz, no es el medio básico de vida de estos señores. Es ¿como le diría yo?, como un plus en el trabajo diario de estos agricultores, que dedican sus esfuerzos a otro tipo de producción. En suma yo creo que esa población trabajadora del campo a que usted se refiere es muy reducida, pequeña».

Veamos detenidamente cada uno de estos rasgos, explicando sus características.

a.—Incremento de la parcelación y formación de un estrato de pequeños y medianos campesinos. Durante los años sesenta muchos de los «valencianos» van a ir ampliando sus tierras mediante la compra entre sí de parcelas, o a través de adquisiciones a las grandes explotaciones.

A la vez que los medianos propietarios se extienden, numerosos capataces, administradores y empleados de las grandes explotaciones van a adquirir tierras por vez primera o a ampliar sus diminutas parcelas. Dedicarán a ello sus ahorros, fruto de la acumulación de sus salarios, y de las demás fuentes de ingresos que la estructura del trabajo en la zona les había proporcionado: altos precios cobrados por sus servicios de aprovisionamiento, gratificaciones, salarios ajenos retenidos, intereses sobre anticipos y préstamos, etc. . . (17).

Este grupo va a adquirir fincas de dimensiones muy variables, según sus posibilidades, aunque superiores generalmente a las 15 Has. (18).

La imposición en 1963 de una escala móvil de salarios y la progresiva subida de éstos va a encarecer los costos del factor Trabajo. Por otra parte la emigración sufrida en otros puntos de Andalucía hará más difícil la obtención de la mano de

(17) La evolución del censo de cultivadores de arroz en la provincia de Sevilla, según las Memorias de la Federación, nos da las siguientes cifras:

1953	293	1960	762
1954	350	1961	760
1955	428	1962	815
1956	553	1963	861
1957	672	1964	880
1958	641	1965	890
1959	773		

(18) Según las memorias de la Federación, la Parcelación de la superficie del arrozal en el año 1965 era la siguiente:

	menos de 1 Ha.	de 1 a 5 Has.	de 5 a 10 Has.	de 15 a 50 Has.	de 50 a 100 Has.	más de 100
Andalucía	41	85	243	521	58	13
Total España	19.540	8.088	1.106	903	73	15

obra necesaria (19). Aunque este proceso afectará a todos los agricultores, la elevación de los salarios repercute especialmente sobre los más pequeños al ser menores los ingresos de este grupo. Sólo anulando la incidencia de los costos del factor trabajo, pueden sobrevivir estas explotaciones.

b.—Hemos hablado ya de cómo la mecanización incide en el descenso radical de la mano de obra, pero además, a la fuerza de trabajo que sigue siendo requerida se le van a exigir unas características distintas que las pedidas en otras épocas.

La mecanización va a traducirse en la introducción de nuevas herramientas y máquinas, que sustituirán a la hora la guadaña, el arado, el trineo y las azadas que antes se usaba. Se introduce el tractor con sus aperos: cultivador, grada de discos, trahilla, ruedas dentadas para el fangueo, sembradoras de precisión, abonadoras, cosechadoras de cadenas, mochilas de tratamientos, avionetas... De esta forma, la progresiva mecanización que el cultivo del arroz va a experimentar va a exigir además la total reconversión de la mano de obra, a la que, exceptuando la relegada a las faenas secundarias, se le va a exigir una serie de conocimientos sobre mecánica y mantenimiento que serán básicos para la manipulación de esos instrumentos y sobre todo, dadas las características físicas de la zona, para su conservación en buen estado y su reparación de las múltiples averías que el trabajar en barro y agua suele ocasionar.

La formación de esta mano de obra, al resultar costosa, se ha realizado de manera selectiva y altamente discriminatoria. Ya en épocas anteriores los que residían en el pueblo tenían, ante la mano de obra procedente de fuera, una ventaja tan importante como es el acceso a los mejores destajos. Esta ventaja les venía por el hecho de estar en relación directa y cotidiana con los capataces y manijeros, in-

(19) En Junio de 1964, ARROZ, el órgano portavoz de la Federación, recogía en su número 10 una contradictoria reivindicación de los agricultores ante este problema: «Inició el coloquio (en el que estaba presente el Director General de la Producción Agraria), el Sr. LASSALA, en su condición de Pdte. de la Federación Arrocerá, quien expuso con toda claridad el problema que plantea la constante emigración de mano de obra a Francia, con los consiguientes agobios que ello eroga en momentos de tanta necesidad, en fecha clave para las labores en los arrozales. Dijo que para conciliar los intereses obreros de esa emigración, que nadie discute, con los de la economía patria, debería oírse al Grupo Económico de la agricultura arrocerá antes de firmarse los contratos de trabajo con el país vecino, a fin de marcar unas fechas o calendarios para regular la salida de trabajadores arroceros y poder compaginar las labores de ambos países...».

«El Director General prometió interesarse personalmente por esta cuestión y trasladar al Gobierno esta sugerencia, toda vez que no se trata en modo alguno de coartar la salida de los trabajadores a Francia, sino únicamente regularla, como habían indicado los presentes».

cluso por tener ya muchos de ellos uno u otro pariente en esta categoría, además de conocerse mejor el estado de las parcelas, el salario y el trato que en cada una se daba, con lo que podían elegir en general mejores tajos que «los forasteros». Ahora, al mecanizarse, va a ser un restringido grupo de estos trabajadores residentes en la población o en las propias explotaciones los que van a cualificarse y a aprender el manejo de dicho utillaje.

Esta mano de obra no va a ser preparada por ninguna empresa en particular, y ninguna finca va a gastar lo más mínimo en proporcionar a su personal, por medio de cursillos o cualquier otro método, los conocimientos que necesitan. O los obreros lo lograban por su cuenta, o la empresa buscaba quienes los tuvieran ya, sin necesidad de invertir en cualificación, sino pagando directamente al trabajador por esa «Fuerza de Trabajo Compleja» (20) adquirida a su propia costa.

Los métodos más frecuentes de prepararse para la utilización de la maquinaria eran los de la transmisión por otros trabajadores de sus experiencias y la propia práctica. En general, a los manijeros y a los encargados de las explotaciones, en el momento de adquisición de la maquinaria, las mismas casas vendedoras les iniciaban en su uso, mediante algunas instrucciones y someras demostraciones. Sobre estos frágiles conocimientos, complementados en algunos casos con la experiencia que algunos poseían ya de la maquinaria en secano, y a costa de múltiples averías, se desarrollaba el aprendizaje.

Una vez en posesión de esos conocimientos, los trabajadores pasaban a ser ya instructores de la generación más joven, quienes iban a ser los que efectivamente trabajaran con ellas. La selección, entre el personal más estable, de aquel o aquellos a quienes se iba a enseñar, no solía presentar muchas dudas. Se realizaba en general entre los hijos y parientes más cercanos de los encargados y demás personal estable. Se les informaba de todo lo que se sabía, se les permitía hacer pruebas diversas, finalmente se les confiaban normalmente los trabajos mecanizados para que los realizaran.

Esta selección ha favorecido así a la población asentada, y entre ella, a la que mayor vinculación mantenía con las explotaciones, marginando a toda la pobla-

(20) Uso este término de Fuerza de Trabajo Compleja en el sentido de «la que posee una persona que ha sido sometida a un aprendizaje con finalidades de especialización profesional», que le da Joaquín LEGUINA en «Cantidad, valor y excedente de Fuerza de Trabajo» I. C. E. Enero. 1976.

ción de «inmigración estacional» y de forma directa también a toda la población eventual (21).

De esta forma, y a través de las relaciones familiares, y más en concreto de la relación padre-hijo, los jóvenes del estrato de «mandos intermedios» de las explotaciones han podido adquirir una formación profesional, una mayor estabilidad en el empleo y unos salarios más elevados. Esta situación continúa en definitiva la tradición habitual por la que los primeros trabajos en la zona se obtenían bien a través de las relaciones familiares, o bien a través de las de vecindad (por gentes de la misma población), reuniendo normalmente las cuadrillas que se formaban esa doble condición, e integrado a los que hacían su aprendizaje en faenas secundarias, desde las que podían observar y aprender lo necesario para poder ellos más tarde realizarlas, y elevar así sus ingresos.

Las características especiales que ha revestido la mecanización en la zona, obliga sin embargo a matizar los rasgos que habitualmente se le atribuyen a la mano de obra que trabaja con la maquinaria: «cualificación», «estabilidad en el empleo» y «mayores salarios».

Esta mecanización va a presentarse como una actividad lucrativa en sí misma, al especializarse todo un sector de estos empresarios en el trabajo con máquinas para otros. Para ello se va a ir adquiriendo un amplio parque de maquinaria (especialmente tractores y cosechadoras), orientando hacia estas compras una parte de sus ahorros.

Los trabajadores entonces, no van a ser ocupados ya propiamente en las tierras, sino en la dirección y mantenimiento de la maquinaria que son las dos actividades que más tiempo van a requerir. Los propietarios de las máquinas procurarán que estén funcionando el mayor número de días posible, con más motivo que sus compañeros de secano, ya que el deterioro que experimentan estas máquinas en el trabajo del arroz es muy alto. Por ello, las cosechadoras sobre todo, pero también los tractores, deben pasar a lo largo del año por varios períodos de readaptación y revisión; las cosechadoras pasan de ruedas a cadena y a la inversa teniendo además que ser desmontadas y limpiadas minuciosamente; los tractores deben cambiar sus ruedas por cajas de hierro, y ser revisados. Además el alquiler no se realiza solamente en el ámbito de la zona (ámbito al que se suelen limitar los tractores) sino en el resto de Andalucía Occidental y en algunos casos en Castilla y en Extre-

(21) No uso los términos eventual y fijo en el sentido de los trabajadores con relación contractual estable o no, dado que en ningún caso mediaba contrato alguno, sino en el sentido de adscrita a una sola explotación durante un período de tiempo de dos o más campañas o no.

madura, donde pasan las cosechadoras a la recolección de cereales, aprovechando que en esos meses no hay faenas en el arrozal.

Esta «cualificación» presenta un nivel más alto en los que pilotan las avionetas, (instrumento que ha pasado a ser una auténtica base de la maquinaria agrícola en este cultivo). Este personal procede de empresas dedicadas a diversos servicios aéreos, trabajando para varios sectores de la producción, según lo que los coyunturales clientes exijan. Se puede hablar en este caso de que el trabajo en la agricultura recurre a personal altamente especializado, que por tener con cada explotación una relación muy esporádica, debe nuclearse en empresas cuyo ámbito de acción sea muy amplio, consiguiendo trabajos para cubrir el máximo de días de actividad.

Los trabajadores agrícolas que llevan las máquinas (dos por cada cosechadora; uno por tractor), normalmente no tienen la estabilidad en el empleo de que disfrutaban los pilotos tratados verbalmente y por el tiempo que dura cada campaña. Estas son tres al año: fanguero (con tractores); cosecha de cereales; cosecha de arroz.

El empresario interrumpe la relación laboral cuando no hay trabajo, cosa que ocurre durante varios meses al año, de manera que no puede consolidar su empleo en la finca. En general «los maquinistas» sólo trabajan para una misma persona, o a lo sumo para dos durante un mismo año. Cuando los ingresos han sido buenos o las empresas poseen ya una cierta dimensión, los propietarios pueden dejar a algún «maquinista» en los períodos entre campañas, para que se ocupe del mantenimiento y reparación de las mismas. Pero, en general, la estabilidad es difícilmente alcanzada ya que los mismos empresarios se cuidan de que sus trabajadores no estén nunca períodos mayores de seis meses (que es el mínimo para que en caso de no mediar contrato escrito, el obrero pase a la situación de fijo de plantilla).

De esta forma el actual ciclo de empleo de un maquinista admitiría dos variantes:

- a.—Mayo-Julio: recolección en Extremadura y otros lugares.
 Agosto: transformación de la cosechadora para adaptarla al arroz.
 PARO
 Fin de Septiembre-Noviembre: recolección del arroz.
 PARO
 Enero-Febrero: reparaciones y mantenimiento de la cosechadora.
 Marzo-Mayo: operaciones con el tractor.
- b.—Mitad de Marzo a Mayo: operaciones con el tractor.

Mayo a Septiembre: jornadas esporádicas.
Fin de Septiembre-Noviembre: cosecha del arroz.
Noviembre a Marzo: peonadas eventuales.

Vemos entonces que la mano de obra cualificada, exceptuando la de mayor nivel que corresponde a los pilotos, experimenta y sufre también largas épocas de paro o subempleo.

La mano de obra que es contratada como maquinista presenta varios rasgos: joven, masculina, procedente en general de personal estable. Esto supone que la población activa de la zona que no reúne estos rasgos debe dedicarse bien a las funciones de dirección y organización del trabajo (capataces, manijeros), bien a los trabajos eventuales y secundarios (escardas manuales, replantar, repasar almorrones...) o bien a los restantes servicios e industrias de las poblaciones, que son en general muy escasos.

c.—Se suele dar una correspondencia bastante clara entre el origen familiar de las personas que realizan los distintos trabajos y las características de estos. Ya habíamos indicado que los distintos trabajos mecanizados los realizan los hijos del personal más estable. Los restantes trabajos agrícolas los realizan prácticamente los hijos de los trabajadores agrícolas eventuales. Los hijos de este grupo raramente se emplean en los servicios e industrias de los pueblos, que suelen ser ocupados, sobre todo los primeros, por los hijos de los pequeños y medianos propietarios.

d.—Si el origen familiar es un criterio para la adscripción de la mano de obra a los diversos sectores de actividad, la edad lo es para fijar el tipo de tareas a realizar.

A los mayores de 40/45 años se les limita a los puestos medios y al grupo de los obreros eventuales manuales y «sin cualificar» (o al menos sin dominio de la tecnología utilizada, que a menudo requiere conocimientos más simples que los que anteriormente se exigían), grupo que cada día es más reducido.

Los varones jóvenes en su mayoría han emigrado, y los que quedan son los que operan con las máquinas. Las mujeres que no se han marchado, no tienen prácticamente ningún empleo, especialmente desde que sus salarios se han equiparado con el de los hombres.

Ha tenido que ser en fecha ya reciente cuando los salarios reales han alcanzado a la legislación y a los Convenios de la zona, que nunca, hasta los últimos años,

habían sido respetados, bien mediante la desinformación, bien mediante la amenaza, explícita o no, de recurrir al despido en caso de desacuerdo, e impedirle el hallar trabajo siquiera eventualmente.

Los cambios últimos han venido no obstante provocados en buena medida por el impulso y apoyo de personas de fuera de la población, que han traído a ella, a través de unas primeras vinculaciones familiares, los métodos de lucha de las centrales sindicales, y que hoy en alguna medida se han generalizado.

e.—La apertura de otras posibilidades de empleo para los trabajadores agrícolas de las comarcas andaluzas provocó también la subida generalizada de los salarios agrícolas, impulsando la adopción de técnicas de cultivo gravosas en cuanto a empleo de mano de obra. De esta forma el proceso de reducción del empleo, de disminución de la oferta de mano de obra y la elevación de los costos de ésta se realizaban a la par. La aparición en los últimos tiempos de un nuevo crecimiento de la oferta de mano de obra puede provocar cambios en esa situación y, quizás, más que en el campo de los salarios, en el impulso a formas de aparcería o contratos de tierra que transfieran los costos de las faenas más precisas y delicadas a una mano de obra vinculada para su remuneración al éxito económico de la explotación, que intensifica así su rendimiento.

CONCLUSIONES.

El arroz puede servir como ejemplo de lo que han sido los modelos de uso de la mano de obra en la agricultura andaluza.

Hasta la década de los sesenta, en que confluyen los procesos de demanda de mano de obra desde otras regiones, con el alza de salarios, la mecanización y la flexibilización de los controles políticos, las relaciones laborales en la zona podemos contemplarlas como inmersas en lo que podría llamarse un «modelo disciplinario». (J. M. NAREDO lo llama «modelo campo concentración-cuartel»).

Este modelo descansa sobre tres elementos:

—Un uso intensivo de cada unidad de Fuerza de Trabajo (FT): largas jornadas, baja remuneración, etc. . .

—Un uso extensivo de la FT de la región: emplea y requiere a toda la FT potencial existente en una extensa área, tanto si habitualmente entra en el mercado como si no (mujeres y niños). La ingente aportación de energía que requieren las

operaciones, y la inexistencia de otras fuentes de extracción, hacía necesaria su aportación a partir de la energía humana y animal en exclusiva. Esto se traduce igualmente en la exigencia de la presencia de notables contingentes de FT en el área. (Antes, como señalaban gráficamente los informantes, «todo se hacía a sangre»).

—Unos controles de la productividad de dicha FT situados en la periferia de la reorganización de la producción: Guardia Civil, violencia física, alternativa del hambre... Sólo en base a la existencia de estos elementos podían mantenerse unos rudimentarios sistemas de organización que llevaban hasta el extremo tolerable por la resistencia física de cada FT, la rentabilidad de la inversión en dicho factor.

Las características del medio en el que se da el arrozal, la marisma, unidad ecológica segregada del resto de la provincia, permite la transpatencia de los rasgos de este modelo, que actuará aquí en forma similar a como se da en los sistemas de «plantaciones» de los países de Africa, América y Asia. En ellos, la agricultura solo mantiene a la FT en tanto que está trabajando directamente en las explotaciones, desinteresándose por los problemas que surjan en la cobertura de los procesos de reproducción de la FT y el mantenimiento de la misma durante sus períodos de paro.

La ruptura del modelo, en gran medida por el alza de los costes salariales, inducido por procesos externos al área y al sector, va a traducirse en una grave crisis en el empleo de la población que aún se mantiene en la zona, y que no es contrarrestado con otra alternativa distinta de la estrategia migratoria.

La subida de los costos salariales va a llevar a la mecanización de las operaciones que mayor empleo generaban y al uso de la FT familiar frente a la FT asalariada. Estos dos procesos se montan sobre una progresiva capitalización de las explotaciones y un mayor fraccionamiento de éstas hacia unidades abarcables por la FT familiar.

En el terreno del empleo va a significar la ampliación de los períodos de paro y la concentración de los escasos trabajos en períodos de tiempo más reducidos.

Este proceso, si se quiere lógico desde la perspectiva de la evolución del sector agrario en el capitalismo, lleva sin embargo a uno de los mayores problemas de la región: la ausencia de una alternativa de empleo no-agrario que complemente a este proceso de expulsión de FT del sector. Es en ese callejón sin salida, muy palpable en el caso de la comarca del arroz, donde se hallan la mayor parte de las comarcas rurales andaluzas.

Todos estos elementos han forzado el anterior modelo disciplinario, dando paso a una situación en la que los controles de la productividad se han transferido al interior del propio proceso productivo (incentivos, destajos...), siendo además fruto de una negociación entre empresarios y trabajadores. Esta relación contractual se ve sin embargo sesgada, desde la perspectiva del trabajador, por la limitación que le supone la existencia de un mercado de trabajo muy poco activo, y saturado de demanda de empleo.

RESUMEN:

La problemática del trabajador andaluz y más concretamente del campesino, ha sido tema de muchos estudios desde las más variadas perspectivas. En este artículo, aparece concretada a un cultivo y a una zona: el arroz y las marismas sevillanas.

El autor, analiza a lo largo del periodo 1937-75, las diferentes vicisitudes a las que se ha visto sometido el campesino de estas comarcas. Expone los factores que han determinado que durante muchos años el trabajo en los arrozales, haya resultado infrahumano, tanto por las condiciones en que se realizaba, como por las compensaciones económicas que los campesinos recibían.

Estudia, en una segunda parte, la organización del trabajo en este cultivo, analizando los niveles de mecanización, así como las necesidades de mano de obra en tres momentos diferentes, los años 1965, 1970 y 1975; viendo como la elevación de los índices de mecanización no han hecho sino aumentar los niveles de paro, que hasta fechas recientes han estado encubiertos, por las características de estacionalidad y subempleo de este cultivo.

Por último, A.J. Sánchez, señala como el llamado "modelo disciplinario" que permitió durante varias décadas altos índices de rentabilidad, gracias a la explotación de la fuerza de trabajo, resulta en la actualidad inviable por su crudeza y por la concienciación del campesino andaluz.

RESUME:

La problematique du travailleur andalou, et plus concrètement du paysan, a été le sujet de beaucoup d'études dès les perspectives les plus diverses. Dans cet article, elle se concrétise à une culture et une zone = le riz et les marais de Seville.

L'auteur analyse, tout au long de la période 1937-75, les différentes vicissitudes auxquelles le paysan de ces contrées a été soumis. Il expose les facteurs qui ont déterminé que pendant plusieurs années le travail dans les rizières ait été infrahumain, tant par les conditions dans lesquelles il se réalisait, que par les compensations économiques que les paysans recevaient.

Dans une deuxième partie, il étudie l'organisation du travail dans cette culture, en analysant les niveaux de mécanisation, ainsi que les besoins de main

d'oeuvre à trois moments différents = les années 1965, 1970 et 1975; en voyant comment l'élevation des taux de mécanisation n'ont fait que d'augmenter les niveaux de chômage, les quels ont été dequisés jusqu'à des dates récentes, à cause des caractéristiques de saisonnière et sousemploi de cette culture.

Finalement, A.J. Sánchez souligne comment le dit "modèle disciplinaire" que a permis pendant quelques décades des hauts taux de rentabilité, grâce à l'exploitation de la force de travail, resulte actuellement inviable par sa crudité et par la conscienciation du paysan andalou.

SUMMARY:

The problem of the Andalusian worker, specifically that of the farmworker, has been treated in many studies from varying points of view. The subject of this article is the study of a particular type of cultivation in a particular zone: rice cultivation in the marshes of Sevilla.

The author analyzes the different alternations which the farmworkers of this region were subject to during the period of 1937-1975. He indicates the factors which have determined that for years work in the rice fields has been infrahuman, chiefly because of the poor working conditions and the low pay which the farmworkers received.

In the second part he studies labour organization in this type of cultivation, analyzing the mechanization levels as well as the labour needs in three different years: 1965, 1970 and 1975. He notes how the elevation of the indices of mechanization have increased along with unemployment; a fact which has been undiscovered until recently due to the fact that rice cultivation and the jobs which it produces are seasonal.

In conclusion, A.J. Sánchez indicates how the so-called "Disciplinary Model", which permitted high production and profit indices for several decades through the exploitation of the labour force, is no longer viable due to its severity and because the Andalusian farmworker has become more conscious of his rights.